

Historias de la Segunda República: violencia y sacralización de la política

Rebeca Rodríguez Hoz

Universidad de Cantabria

El propósito del presente ensayo es realizar un acercamiento al truncado proceso de consolidación de la primera democracia española a través de la comparación de dos representaciones de la crisis de los años treinta - una republicana, antirrepublicana, la otra -, trazadas en dos historias noveladas escritas en pleno fragor de la guerra civil.

Se trata de dos testimonios de experiencia vivida sobre el convulso decenio transcurrido desde la descomposición de la dictadura de Primo de Rivera y el desmoronamiento de la monarquía restauracionista hasta la definitiva aniquilación de la República, tres años después del estallido de un conflicto entre contrarrevolución y revolución, provocado por el fracaso de un golpe militar orientado a liquidar el proyecto democrático y reformista alboreado el 14 de abril de 1931.

Son dos miradas cuyo examen comparado refleja la abigarrada contextura vital resultante de la bicapitalidad Madrid-Barcelona y de la exuberancia de culturas políticas que atraviesan una España republicana de imposible apresamiento en el esquema dualista de las dos Españas, construcción mítica impregnada de un maniqueísmo esencialista y teleológico que encierra el tan tenaz como distorsionador corolario de la inevitabilidad del enfrentamiento armado entre esas dos presuntas realidades antagónicas¹.

La imagen caleidoscópica emanada de la confluencia entre las dimensiones territorial y político-ideológica, de un lado, y del encuentro entre historia y ficción, de otro, constituye la razón de ser de una tentativa de análisis comparativo entre las novelas *Madrid, de corte a checa*, de Agustín de Foxá, y *Campo cerrado*, de Max Aub. Dos obras y dos vidas que permiten desarrollar un fecundo juego de espejos entre la visión del Madrid republicano y frentepopulista legada por un aristócrata falangista y el retrato de la Barcelona anarcosindicalista que sofocó la rebelión militar, trazado por un intelectual socialista.

¹ Para interpretaciones historiográficas impugnadoras de ese esquema bipolar, véase, entre otros, Santos JULIÁ: "Los nombres de la guerra", *Claves de razón práctica*, 164 (2006), pp. 22-31; Enrique MORADIELLOS: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península-Atalaya, 2004 o Paul PRESTON: *Las tres Españas del 36*, Barcelona: Plaza & Janés, 1998.

Se trata de dos novelas histórico-testimoniales concebidas en simultaneidad con el acontecimiento más trascendental de la historia contemporánea española por dos escritores prácticamente coetáneos, entre los que apenas mediaba el hiato temporal que separó el nacimiento de Max Aub en 1903 del natalicio de Agustín de Foxá en 1906. Dos novelas atravesadas por la íntima trabazón nacida de la común experiencia de la brusca entrada en la madurez bajo el impacto de un cataclismo que descoyuntó el mundo de sus creadores, empujándoles a plasmar esa súbita transfiguración en la trayectoria de las criaturas que protagonizan unos relatos paralelos, que constituyen la expresión novelesca de sendas historias de conversión a una religión política².

La historia de la creación de las historias de las tomas de partido de José Félix del Castillo -trasunto de la fervorosa fascistización de Foxá- y Rafael Serrador, -alegoría aubiana del bautismo de fuego que transforma la desorientación política en compromiso con la causa de los hijos del pueblo-, agota las concomitancias señaladas, marcando una bifurcación de las biografías de los autores análoga a la que sitúa a sus respectivos personajes en dos bandos enfrentados a muerte.

El conde de Foxá se valdría de su cargo de diplomático de esa misma República desarbolada por la rebelión militar secundada por los suyos para escapar del Madrid de la revolución por medio de la obtención de un destino en la Legación de Rumanía, desde el que prestó servicios de espionaje al bando sublevado durante los cinco meses que la República tardó en descubrir su doble juego. Tras instalarse en el Cuartel General establecido por el Generalísimo en Salamanca, donde se incorporó al Servicio Exterior de FET y de las JONS, comenzó a novelar su visión de las causas y los causantes de la metamorfosis sufrida por su Madrid palaciego y blasonado, arruinado por el Anti-Madrid republicano, pórtico de la Gran checa.

De la conmoción obrada en su ánimo por el desquiciamiento del paisaje sentimental de su mocedad surgió un melodrama tripartito, transido por la añoranza de la magnificencia de un mundo de landós y escudos heráldicos, uniformes de Eton y certámenes poéticos con los marianistas del Pilar, procesiones del Dios Grande y desfiles militares de gala, esparcimientos en el Tiro del Pichón y bailes de Corte, en suma, un paraíso de honor y esplendor, perdido con

² La experiencia del estallido de la guerra como revelación de una fe política es un motivo recurrente en las novelas escritas durante el conflicto o en los años cercanos a su conclusión. Es el caso de obras como *Retaguardia* de Concha Espina o *Javier Mariño* de Torrente Ballester. Véase para este tema José M^a MARTÍNEZ CACHERO: "Cuatro novelas españolas «de» y «en» la guerra civil (1936-1939)", *Bulletin Hispanique*, 85 (3-4), (1983), pp. 281-298; José Carlos MAINER: *La corona hecha trizas (1930-1960). Una literatura en crisis*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 165 y ss.

el emponzoñamiento republicano de la fragancia de *Las flores de lís*, título del primer acto³.

En el segundo, la Ópera es acallada por el *Himno de Riego*, al tiempo que la historia adopta tonos esperpentizantes e indignados, acordes con la vinculación que Agustín de Foxá, conde de lo mismo desde los nueve años, descendiente de uno de los linajes de más antiguo abolengo de Cataluña y Brazo Militar de la nobleza del Principado, establecía entre la democratización que, en todos los órdenes, trajo consigo la República y la desnaturalización irreversible de una comunidad orgánica y jerárquica que, si alguna vez existió, se había disuelto hacía tiempo.

Dicha vinculación entre la destrucción de esa idealización armnicista, atribuida al desbarajuste republicano, y la barbarie en la retaguardia del Madrid asediado por los suyos se plasma en un tercer acto, titulado *La hoz y el martillo*, caracterizado por el abandono del sarcasmo volteriano del anterior, dando paso a un relato propagandístico, de fuertes tintes maniqueos, que trazó las líneas esenciales de un subgénero literario llamado a gozar de un éxito formidable en la España en guerra y posbélica: la narrativa del terror rojo, eficazísimo instrumento para la deshumanización y estigmatización, primero del enemigo, después del vencido⁴.

El desenlace de la contienda y el rumbo adoptado por el panorama internacional a su término determinaron una radical diferencia entre el rutilante éxito obtenido por la novela de Foxá, culminada en septiembre de 1937, reeditada en 1938 y traducida al alemán y al italiano tras el estallido de la II Guerra Mundial, y las infranqueables fronteras que cerraron el paso al primero de los seis *Campos* por los que discurren las encrucijadas sin salida de *El laberinto mágico* de Max Aub, dédalo de un atolladero literario sobre la guerra que *se perdió en España*⁵, a cuya cartografía consagró obsesivamente su vida, para convertirse, durante largo tiempo, en un escritor sin lectores.

Campo cerrado comenzó a escribirse a escasas semanas del éxodo masivo desencadenado por el derrumbe del frente catalán, desplome que provocó la huida del equipo de rodaje de *Sierra de Teruel*, una adaptación cinematográfica de *La esperanza* de André Malraux, concebida, en estrecha cooperación con Max Aub, como alegato propagandístico

³ Para un acercamiento a la biografía de Foxá, véanse Luis SAGRERA: *Agustín de Foxá. Una aproximación a su vida y obra*, Burgos, Editorial Dossoles, 2009 y Andrés TRAPIELLO: “Conde de lo mismo”, en *Heterodoxos e incómodos en la historia y la literatura españolas de la edad contemporánea*, Comunidad de Madrid, 2003, pp. 59- 70.

⁴ Para un análisis de este subgénero consagrado a la “barbarie roja”, véase Francisco SEVILLANO: *La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2007 y Javier RODRIGO: *Cruzada, Paz, Memoria: la Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.

⁵ Max AUB: *Hablo como hombre*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2002, p. 161.

destinado a recabar la ayuda estadounidense para la causa republicana. Análogos propósitos de movilización del apoyo internacional a la República habían animado su participación junto a José Gaos, José Bergamín y Josep Renau en la organización del pabellón de España en la Exposición Universal de París de 1937, gestionando, desde la legación diplomática presidida por Luis Araquistáin, el encargo del *Guernica* de Picasso, desesperada invocación pictórica a las potencias democráticas para que pusieran fin al desequilibrio generado por la impostura de una política de No Intervención basada en su disimulada contemporización con el apoyo masivo prestado por el Eje italo-germano a los sublevados⁶.

Dicha labor no era sino la manifestación de la mutación provocada por el estallido de la guerra en un escritor que, como tantos otros artistas con los que confluiría en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, abjuró de su anterior dedicación al experimentalismo iconoclasta de las vanguardias, saliendo de la torre de marfil de la deshumanización del arte preconizada por el elitismo orteguiano, para propugnar una concepción del intelectual como *persona para quien los problemas políticos son problemas morales*, replanteamiento del que brotaría una agria recriminación al autor de *La rebelión de las masas: ¿Qué rebelión? ¿Qué masas? [...] Los que se rebelaron fueron los militares*⁷. Del abandono de la asepsia política y la identificación con el papel del intelectual comprometido al servicio de la causa popular nacería una implicación en múltiples iniciativas de acercamiento de la cultura al pueblo en armas, como la dirección del grupo de teatro universitario El Búho o la composición de piezas cortas, definidas por el propio dramaturgo como *teatro de circunstancias*, para las Guerrillas del teatro capitaneadas por María Teresa León⁸.

Al exilio, que entonces no podía imaginar definitivo, llevaría, siempre a cuestas, la imagen de *lo que fue la República*⁹, evocada como el lugar de la encarnación de una utopía derrotada que representaba la contrafigura de la retropía desigualitaria arruinada, a ojos de Foxá, por la acción concertada de los intelectuales y las masas. Instalado en París, en la buhardilla de la misma casa de la que su familia se había visto forzada a huir, empujada por otra guerra, la que estalló en 1914, Max Aub comenzó a escribir su novela el día que dio por perdida su guerra, la guerra de España.

⁶ Un análisis detallado de ambas empresas artístico-propagandísticas en Max AUB: *Hablo...*, pp. 41-44 y 143-158; Román GUBERN: “Significación política de Sierra de Teruel”, *Secuencias*, 2, (1995), pp. 31-41 y Miguel CABAÑAS BRAVO: “Renau y el Pabellón español de 1937 en París, con Picasso y sin Dalí”, en Jordi BALLESTER: *Josep Renau, 1907-1982: compromís i cultura* [catálogo de exposición], 2008, pp. 140-169.

⁷ Max AUB: *Diarios 1939-1952*, ed. Manuel Aznar Soler. México, Conaculta, 2000, p. 169; Max AUB: *La gallina ciega*, Barcelona, Alba, 2003, p. 458.

⁸ Arturo DEL VILLAR: “Max Aub, cronista de la República”, *Cuadernos republicanos*, 53, (2003), pp. 91-107, esp. p. 92.

⁹ Max AUB: *Hablo...*, p. 176.

El primero de los extrañamientos -causado por la conversión de su familia, de la noche a la mañana, de amiga en enemiga, en virtud de la nacionalidad alemana de su padre- tuvo consecuencias felices para un niño de once años que se sobrepuso fácilmente al trauma provocado por el desraizamiento de su ambiente acomodado, ilustrado y cosmopolita, experimentando una apasionada nacionalización española plasmada tanto en la indeleble añoranza de la Valencia de su adolescencia como en su reivindicada incapacidad de escribir en otra lengua que no fuera el castellano.

Mas el segundo de los destierros de una biografía signada por el exilio marcó el inicio de un calvario de tres años de confinamiento en cárceles y campos de concentración franceses y argelinos, originado por una denuncia anónima basada en su condición de judío y en su presunta militancia comunista. Poco importaba en la Francia colaboracionista de Petain que Max Aub fuera un ateo *de la raíz librepensadora*, sin identificación alguna con su origen judío, o que nunca se alistara en las filas del comunismo sino en las del PSOE, *por la vieja raigambre liberal*¹⁰.

El caso es que mientras Agustín de Foxá desempeñaba el cargo de Inspector Extraordinario de FET y de las JONS para Italia, homenajeaba a Alfonso XIII con el *Romance del Rey muerto* en su entierro en Roma o compartía bacanales con Curzio Malaparte en la Finlandia fascista y la Rusia stalinista devastada por los nazis, Max Aub sería arrancado de su quehacer exílico de *escribir y esperar* para ser desplazado por los campos de Roland Garros y Vernet hasta acabar trabajando como esclavo en la construcción del ferrocarril en Djelfa, padeciendo calamidades sin cuento que impidieron la publicación de *Campo cerrado* hasta 1943, una vez hallado refugio en el México cardenista¹¹.

Atrás quedaba la República como manantial de los *recuerdos del porvenir*, condensados en una cualidad moral que recorre de principio a fin las páginas del primer campo aubiano: *ser decente*¹². Aquélla misma República a cuya naturaleza adocenada atribuía Foxá la conversión a la fe falangista de José Félix, un muchacho de veintidós años, hijo de un militar, expulsado de casa por participar en las algaradas de la F.U.E. contra la Dictablanda.

Impregnado del romanticismo galvanizado por la coyuntura política y atormentado por

¹⁰ Véase el propio testimonio autobiográfico del autor en Max AUB: *Conversaciones con Buñuel, seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta aragonés*, Madrid, Aguilar, 1984, p. 23 y Max AUB: *Cuerpos presentes*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2001, pp. 273-280.

¹¹ Luis SAGRERA: *Agustín de Foxá...*, pp. 55-62; Lo de *escribir y esperar*, citado en David BECERRA MAYOR: "El exilio y el abandono de la realidad", en Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS: *La República y la cultura. Paz, guerra y exilio*, Madrid, Istmo, 2009, pp. 609-630, esp. p. 611. Para una biografía de Max Aub, consúltese Ignacio SOLDEVILA: *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, Segorbe, Fundación Max Aub, 1999.

¹²Max AUB: *Hablo...*, pp. 163 y 185.

la boda concertada por la tronada familia de Pilar Ribera, su gran amor, con un mentecato de la gran burguesía terrateniente andaluza, con miras a *redorar sus blasones a fuerza de hectáreas*, José Félix fue sorprendido por la proclamación de la República en plena desorientación ideológica y sentimental. Atrapado entre la rebeldía generacional contra la beatería reaccionaria de sus mayores -a todas luces afines al monarquismo autoritario de la dictadura primorriverista- y la seducción ejercida en su espíritu soñador por la aureola de *elegancia intelectual* de la moda republicana¹³, José Félix atravesaría una crisis de angustia identitaria de la que sería redimido merced al descubrimiento del ideal noble y vigoroso encarnado en la aleación joseantoniana de tradición, patria y revolución.

Los vestigios de la higiene moral y entereza de los *Ramiro* y *Berengueres de su árbol genealógico* reverdecerían al entrar en contacto con el lirismo épico, mezcla de poesía y política, ternura e ímpetu combativo, albergado en las *metáforas brillantes* y desconocidas de ese joven varonil de ojos melancólicos. Porque José Antonio fundía la añoranza de una edad de oro de *claridad clásica y católica*, delicadeza aristocrática y patriotismo imperial con una utopía de futuro llamada a ser realizada por una juventud entusiasta que acaudillaría la regeneración de la *raza adormecida*, por medio de una *revolución auténtica, horizontal y vertical*, impulsora del engarce de *la clase obrera y la clase media dentro del cuadro honroso de la patria*¹⁴.

Qué vacuo y grosero se le revelaba, ante al emblema del doncel de Sigüenza sobre la bandera roja y negra, el espíritu de una época en la que había que *abandonar a Dios en la sordidez del Ateneo, a la novia en los libros zoológicos de Freud y a la Patria en los Estatutos de Ginebra*¹⁵. No era aquella la revolución que José Félix soñaba. Lejos se hallaba su horizonte de los valores caducos y mezquinos del demoliberalismo parlamentario de una República inspirada en el cursi ideario de los *santos laicos* y pedagogos incorruptibles de la ILE; en la soberbia de los catedráticos petulantes, los *estudiantes gafudos* de la FUE y las *marisabidillas del Liceum Club femenino*; en la retórica arcaica de los *anticlericales a lo Waldeck-Rousseau* y los *cantonaes declamatorios*; en el rencor y la envidia de los demagogos socialistas de frac, los *abogadetes* y los *oposidores sin novia*, los *boticarios masones*, los *enfermizos intelectuales de sexualidad mal definida*, los *militares teósofos* expulsados por los tribunales de honor¹⁶.

Una República que no era sino *el símbolo de los mediocres en la hora gloriosa de la*

¹³Agustín de FOXÁ: *Madrid, de Corte a checa*, Madrid, El Buey Mudo, 2009, pp. 17-26.

¹⁴*Ibid.*, pp. 185, 17, 140, 53.

¹⁵*Ibid.*, pp. 186, 15.

¹⁶*Ibid.*, pp. 42, 53, 60, 77, 125, 152-153, 201.

*revancha*¹⁷. Arribistas que no se contentaban con haber instaurado la España ramplona de los diputados y las comisiones, las ponencias y los reglamentos, las estadísticas y las dietas, sino que, incapaces de sentir a España, enajenaban un trozo de ella, en aquella *gran tertulia nacional*, secundando a Azaña, ese gran *lírico del odio*, en su entrega de *la Castilla desnuda y gloriosa de su niñez* [...] a los *horteras de Barcelona*, ansiosos de *nutridas burocracias*, a cambio de *unos votos para completar el quórum*. Y mientras daban rienda suelta a su vana y grandilocuente palabrería, las hogueras iluminaban Madrid, convirtiendo en ceniza *años de paciencia frailuna, de ilusión monástica*¹⁸.

Tras los pasos de esa República de los burócratas de las logias, avanzaba el fantasma del otro mundo nuevo y corrupto que había tentado a José Félix en sus horas bajas de desesperación amorosa. Era el mundo del *snobismo intelectual* de las vanguardias soviéticas, los cine-clubs bolcheviques y los libros franceses; las danzas salvajes de Josefina Baker y el arte malayo; el inconsciente fotografiado por Buñuel y las quebradas líneas anárquicas de Picasso; las misas negras con incienso y opio y la fascinación por el amor libre entre *hombres y mujeres asexuados*; los poemas de Alberti al canal de Kiel o al plan quinquenal y los preparativos de salón del *asalto general de las masas*¹⁹.

Y, así, vino la proclamación de la República catalana dentro de la República federal española y la Revolución de Asturias; las calles de Madrid se fueron llenando de huelguistas con monos azules, la ciudad de José Félix *se desespañolizaba* y *allí estaba Asia acechando*; en los trenes viajaban redactores de *Pravda*, llevando el marxismo hasta la aldea más remota y en las callejas de Cuatro Caminos, los niños aprendían a levantar el puño cerrado; las familias andaluzas y extremeñas huían despavoridas de la barbarie de las dehesas y los cortijos y los incendios se extendían por las iglesias de Alicante; en la capital las heroicas juventudes de la Falange caían acribilladas a balazos, al tiempo que comenzaban los desfiles proletarios de las juventudes socialistas y comunistas militarizadas con fría disciplina, bramando: *UHP, Rusia, sí; Patria, no*. Sólo persistía una subterránea *veta española* en el gracejo castizo de los grupos acéfalos de la CNT-FAI, cuyo impulso insurreccional, encarnación de la rebeldía de la raza, resultaría tan fructífero de poderse canalizar hacia un movimiento patriótico de lucha contra el internacionalismo bolchevique²⁰.

Nada podía la vieja politiquería de la CEDA, a la que votaban sus mayores, frente a esa

¹⁷*Ibid.*, p. 125.

¹⁸*Ibid.*, pp. 161- 162, 92, 122, 125, 126.

¹⁹*Ibid.*, pp. 139- 142, 158, 163.

²⁰*Ibid.*, pp. 196-200, 222, 225-233.

marea de *banderas siniestras*. Porque Gil Robles era un *buen parlamentario* pero *carecía de juventud física y moral*, le faltaba esa *emoción poética* [...] *de los conductores de pueblos* y se envanecía declarando que prefería *la eficacia a la gallardía*, olvidando que *los hombres sólo mueren por las causas gallardas* y que *la gallardía española había hecho eficaz a América*. Asombraba el racionalismo de ese líder de un partido fundado en la fe, que pensaba salvar a un pueblo de cultura milenaria, dotado de la gracia de Tartesos, con gráficos y ficheros, propaganda y *trust* de periódicos, promesas de carreteras y regadíos. No menos inermes se hallaban sus juventudes de Acción Popular para frenar la revolución marxista e impulsar la resurrección de la Patria, pues eran *como la leche esterilizada: carecían de microbios pero también de vitaminas*. Únicamente la juventud falangista, alentada por *conceptos eternos de astros, guerra y amor*, podría formar una esforzada milicia capaz de contagiar a España el culto de la fuerza y el vigor, la vocación de entrega y sacrificio, el sentido de la autoridad y la jerarquía, al servicio de una revolución nacionalsindicalista que detuviera tamaña subversión²¹.

José Félix sería testigo del asesinato de su Madrid, desatado con *la orden terrible* de armar al pueblo dada por *el boticario Giral*, tras la imperiosa sublevación del Ejército de África²². A través de su testimonio, se revela la auténtica significación que su creador otorgaba al potencial destructor de la República que había originado ese terremoto. Porque, pese a las dantescas referencias a la violencia anticlerical y sacrofóbica, la clave de bóveda del relato de Foxá sobre el Madrid revolucionario es la profunda demofobia, la visceral repugnancia hacia las masas y el escalofrío experimentado por un aristócrata que, bajo la superficie de la retórica obrerista y revolucionaria del discurso falangista, juzgaba el peor de los horrores la ruptura del orden jerárquico-funcional de la sociedad y la instauración de la dictadura de la canalla grosera e ignorante, sometida a sus naturales señores hasta la llegada de la República. Valga, como muestra, el siguiente fragmento:

Dejaron de ser menestrales, obreros de Madrid, carpinteros, panaderos, chóferes, cerrajeros. Un sueño milenario les arrebatava. Les resucitaba una sangre viejísima dormida durante siglos; ¡alegría de la caza y de la matanza! Eran peor que salvajes porque habían pasado por el borde de la civilización y de las grandes ciudades y complicaban sus instintos con residuos turbios de películas, de lecturas, de consignas. [Era] el orgullo del mando recién estrenado.

-Somos la autoridad. En efecto, eran la autoridad de los limpiabotas, los que arreglan las letrinas, los mozos de estación y los carboneros. Siglos y siglos de esclavitud acumulada latían en ellos con una fuerza indomable. Aquél era el gran día de la revancha. Veían temblando, aduladores, sonriendo, a los grandes

²¹*Ibid.*, pp. 170-171, 224, 184, 163.

²²*Ibid.*, p. 243.

burgueses, a los títulos del reino, a los banqueros que les habían hecho temblar con sólo una mirada.²³ Pareciera como si ambos escritores, posicionados en dos bandos enfrentados en razón de sus irreconciliables proyectos socio-políticos, hubieran llegado a un completo acuerdo sobre las razones de ese conflicto que les trababa en un combate a muerte. Porque la interpretación materialista que se desprende de la pieza citada, eclipsando los alardes espiritualistas de José Félix-Foxá, coincide con la lectura anti-idealista de la guerra como una lucha de clases, sostenida por Max Aub. Sólo que su perspectiva de las causas de su desencadenamiento contrasta radicalmente con la implícita justificación del golpe militar, por parte de Foxá, como una intervención forzosa destinada a contener la inminente revolución ingénita en la República. Pues el autor de *Campo cerrado* interpreta el inicio del conflicto armado como el resultado de una reacción popular refleja frente a una casta cuyo objetivo era la implantación, *manu militari*, de la injusticia social, como la resistencia de quienes empuñaron las armas para defender a un gobierno legítimo de una tentativa de derrocamiento violento, destinada a liquidar el primer proyecto de construcción de una democracia superadora de la flagrante desigualdad social e indigencia cultural en la que vivían unas clases populares sometidas a una opresión inmemorial²⁴.

Y es que, aunque la literatura de Max Aub adopta la forma de un relato sinuoso en el que la voz autorial emerge de manera más oblicua, sin que el protagonista constituya una transparencia autobiográfica del escritor, el primero de sus *Campos* permite adivinar su profunda implicación intelectual y afectiva tanto con el proyecto ilustrado de emancipación emprendido durante el bienio social-azañista como con la fervorosa movilización popular y sindical desarrollada bajo la República frentepopulista.

En efecto, profunda fue su identificación con las diversas corrientes culturales de las que bebía el proyecto reformista del primer bienio, evidenciada por su simpatía por el racionalismo pedagógico del institucionismo de Giner de los Ríos -tan demonizado por Foxá en tanto amenaza al monopolio católico de la enseñanza-, así como por su proximidad con los modelos laicistas de la Escuela Nueva socialista y la filoanarquista Escuela Moderna de Ferrer i Guardia, en una de cuyas sucursales valencianas se había educado el propio Max Aub.²⁵ Profunda fue, asimismo, su convicción de la necesidad de un proyecto democrático de fuerte contenido socializante, que aunara libertad y justicia social, razón de ser de una temprana afiliación al PSOE en 1928, que el escritor vinculaba con su citada concepción moral de la

²³*Ibid.*, pp. 244-245, 247.

²⁴Max AUB: *Hablo...*, p. 164, 167.

²⁵*Ibid.*, p. 183.

política, al declarar que su socialismo nacía de *un sentimiento de solidaridad, de un deseo: que los que no tienen vivan mejor*²⁶.

En principio, Rafael Serrador, constituye una contrafigura de su creador, por cuanto representa el paradigma del indiferentismo, la indeterminación o la falta de compromiso político de las que tan firmemente abominó Aub. Sin embargo, la metamorfosis sufrida por su concepción de la literatura como resultado del clima de politización de los últimos años de la República en paz -reflejada en el paso del experimentalismo esteticista a un realismo testimonial guiado por el *deber de servir*²⁷ - permite conjeturar la existencia de relevantes paralelismos entre autor y personaje, vinculados con la trascendencia otorgada a la guerra como acontecimiento fundante de la identidad.

Porque esa es, precisamente, la alegoría condensada en la experiencia de Rafael, un muchacho algo más joven que José Félix, nacido en el inmóvil pueblo castellonense de Viver de las Aguas, hijo de un republicano, enemigo de las vaquillas a las que ningún año faltaba, que llegada su adolescencia le dio a leer dos libros, una historia de la Revolución Francesa de Don Vicente Blasco Ibáñez y otro sobre los romanos de Don Emilio Castelar, antes de mandarle a Castellón, cuando le tuvo por mayor, de aprendiz de platero. Consigo llevará el recuerdo más antiguo y vivo de su infancia: *el momento en el cual, por las fiestas de septiembre, soltaban el toro de fuego; eso y el ruido del agua viva por la tierra*²⁸.

Después de tres años al servicio de un amo, marcharía a Barcelona, tras recibir una paliza de la Guardia Civil, que su patrono atribuiría infundadamente a su afiliación a algún sindicato. Su llegada a la Ciudad Condal coincidiría con la caída de la dictadura de Primo de Rivera, a la que seguirán tumultos y represiones callejeras, que apenas dejarían huella alguna en Rafael, despedido, otra vez, por las erradas sospechas de su nuevo amo, un platero carlista, sobre su militancia comunista. Mientras su categoría laboral se degrada -pasando de menestral a obrero fabril hasta quedar, finalmente, en paro- su vida social se divide entre los círculos anarcosindicalistas del Paralelo y las reuniones falangistas del café El Oro del Rhin o del Lyon d'Or.

La proclamación de la II República tendría muy escasa repercusión en el ánimo de Rafael, dominado por una sensación de aislamiento, desapego y perplejidad, que se traduciría en un ir dando tumbos entre ambos ambientes, leyendo la *Soli*, pagando las cuotas de la CNT

²⁶ Citado en Joaquín LEGUINA: "Max Aub, un socialista", *Letra Internacional*, 80 (2003), pp. 20-25, esp. p. 20.

²⁷ Recogido en José Antonio PÉREZ BOWIE: "En torno a la concepción aubiana del realismo", *El Correo de Euclides*, 1, (2006), pp. 486-496.

²⁸Max AUB: *Campo cerrado. El laberinto mágico (I)*, Madrid, Capitán Swing, 2010, pp. 46, 48, 40.

y, de noche, pintando emblemas de la Falange en las paredes, sin llegar a identificarse con el ideario de ninguno de los dos movimientos. La pluralidad de visiones encontradas riza su laberinto de incertidumbres, al tiempo que adentra al lector en la frondosa espesura de las culturas políticas que bullían bajo la bóveda republicana, aturdiéndole con la fragmentación que dividía a las izquierdas burguesas y obreras, escindidas por las diferencias nacionales, ideológicas y tácticas, en una cacofonía desparramada que preludiaba las guerras dentro de la guerra que tan caras habían de costar a los leales.

Ese bochinche de voces evidencia la posición hegemónica del discurso ácrata en la Barcelona popular, las endebles bases de un republicanismo reformista desdeñado en virtud de su pusilanimidad inane y su intelectualismo remilgado, la rivalidad entre libertarios, socialistas y comunistas. Enemistad escenificada en jugosos diálogos que condensan tanto las críticas anarquistas hacia el burocratismo arribista del PSOE y el eclesialismo autoritario del PCE, como las contracríticas de los marxistas al voluntarismo mesiánico y el individualismo estéril de los libertarios, cuyo nihilismo suicida no servía, a sus ojos, más que para socavar la República y hacerle el juego al fascismo²⁹.

Confundido por ese archipiélago de doctrinas, Rafael se sumergiría en un angustioso examen de conciencia nacido de la necesidad de escoger un camino de la encrucijada rojinegra de anarcosindicalismo y nacionalsindicalismo, unidos por su mística antiintelectualista, su culto a la acción directa, la fuerza y la muerte heroica; separados por sus antagónicas concepciones de los binomios igualdad-jerarquía/ libertad-disciplina, clase/nación³⁰.

Mas no sería la indagación cerebral en soledad lo que le liberaría de ese marasmo sino la experiencia iniciática vivida en La Rambla, el 18 de julio de 1936; no la razón sino el sentimiento de la fraternidad brotada de la resistencia popular, acaudillada por García Oliver, Durruti y Ascaso, a la sublevación militar; la alucinante visión de unos hombres que *saben porqué viven*, [que] *no son fulano ni mengano; están todos a una, ligados [...] por los tiros*. Rafael Serrador encontraría un sentido de trascendencia en *los lazos que le unían a los hombres*, en la fuerza arrolladora de la solidaridad y el compromiso inequívoco generados por el enfrentamiento armado, entendido como catalizador de una transformación revolucionaria en la que el escritor ha de estar a la altura de las circunstancias, saliendo de sí, como Rafael, y afrontando una lucha que él no ha escogido pero que le impele a rechazar el irenismo pacifista de la intelectualidad como *el más cruel de los engaños*³¹.

²⁹*Ibid.*, pp. 89, 94-95, 97-102, 107-109, 136-139, 196.

³⁰*Ibid.*, pp. 130-132, 140-148, 161-165, 188, 207.

³¹*Ibid.*, pp. 256-259. La cita se ha tomado de José Antonio PÉREZ BOWIE: “Sobre el compromiso de Max Aub:

Lejos de la estigmatización extranjerizadora operada por Agustín de Foxá, esa lucha fue interpretada por Max Aub como un conflicto español por los cuatro costados, porque *el meollo era y será nuestro, como lo fueron las guerras carlistas o la Semana Santa*. Tanto como la Barcelona sin más luz que las gigantescas antorchas de las iglesias ardiendo, que hacen evocar a Rafael, pocos días antes de su anti-heroica muerte por tifus, la imagen del agua, *un agua bárbara, ímpetu bronco, raudo, tenaz, incontenible: como el de un toro de fuego, un arco iris de fuego, por encima de la ciudad vencedora*³².

Esta imagen no sólo une el principio y el fin del primero de los *Campos*, enlazando la escena del toro acorralado en las fiestas de Viver y el drama de la suelta de su bravura salvaje - simbólica liberación de un pueblo secularmente oprimido y embrutecido por el oscurantismo-, sino que condensa el sentido del ciclo narrativo consagrado por Max Aub a la crisis de los años treinta. Porque el último de los *Campos*, dedicado a la tragedia del puerto de Alicante, queda clausurado con unas referencias al pueblo de Rafael, alusivas a los rumores sobre la continuación de su lucha en el maquis, a la preparación de la fiesta del toro de fuego -que apresará al animal en su angosto laberinto, tras un paréntesis de tres años, durante los cuales corrió suelto por el solar hispano- y a las aguas de los manantiales que morirán en el mar de Alicante³³.

Estamos ante dos historias del súbito tránsito del apoliticismo, la promiscuidad o la cohabitación política a una sacralización de la política originada por la violencia desatada por el golpe de julio de 1936. Dos historias que albergan destellos de que el conflicto armado no estaba escrito en ningún destino fatal inmanente a la bipolaridad intrahistórica de dos supuestas Españas abocadas a enfrentarse, dejando entrever que esa fractura en dos fue consecuencia y no causa de la guerra civil. Dos historias que evidencian, sin embargo, que una vez la rebelión militar hubo abierto la caja de los truenos, transfigurando los conflictos multiformes de la República en paz en una concepción escatológica de la política, no hubo lugar más allá de esas dos Españas, entonces sí, partidas y soldadas por la guerra.

Cuando el 18 de julio imponga a Max Aub y los suyos esa guerra, el autor de *Campo cerrado* desarrollará esa concepción de la imposibilidad del agnosticismo político:

Se pudo defender en algún tiempo pasado que el mantenerse alejado de las luchas sociales o internacionales era una posición moral activa y en consonancia con ciertas teorías que reivindicaban muy

la literatura como rebelión y como revelación”, *Revista de Occidente*, 265, (2003), pp. 39-52.

³²Max AUB: *Campo de los almendros*, Madrid, Alfaguara, 1998, p. 198; Max AUB: *Campo cerrado...*, p. 291.

³³Sobre el significado de la dualidad toro-agua en *El laberinto mágico*, véase Francisco CAUDET: *El parto de la modernidad. La novela española en los siglos XIX y XX*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2002, pp. 190 y ss. e Ignacio SOLDEVILA: *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid, Editorial Gredos, 1973, pp. 396 y ss.

*alto el espíritu; el tiempo es otro, nuestros años son de lucha, y el que no lucha muere o está muerto sin saberlo. No sostengo aquí que el que no esté conmigo esté contra mí sino el que no está ni con unos ni con otros no existe*³⁴.

Agustín de Foxá extremará esa línea de pensamiento, depurando todo residuo liberal subsistente en la posición de Max Aub:

*La Nueva España afirmativa, ofensiva, violenta, respeta mil veces más a los rojos que nos combaten cara a cara que a ti, pálido desertor de las dos Españas, híbrido como las mulas, infecundo y miserable*³⁵.

³⁴Max AUB: *Teatro completo*, México, Aguilar, 1968, p. 217.

³⁵ Citado en Andrés TRAPIELLO: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010, p. 76.